



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

FESTIVIDAD DE SAN PEDRO

Hoy nos convoca la mesa del Altar en esta solemnidad de San Pedro y San Pablo. Desde muy antiguo, nuestra tradición los celebra juntos, con una sola mirada y un solo corazón. ¡Tan distintos! Dios llama a personas completamente diferentes para edificar una misma comunidad y anunciar un mismo Evangelio: Pedro es el hombre de la periferia rural, de Galilea; Pablo, del medio urbano y cosmopolita de Tarso. Pedro, pescador de manos curtidas por el lago; Pablo, tejedor de tiendas y de mente formada en la cultura rabínica del maestro Gamaliel y en la filosofía griega. Pedro, sencillo, sincero, generoso, pero también un hombre con miedos, al que le aterrorizaba el camino del sufrimiento y la cruz. Pablo, ardiente, apasionado, con un fuerte carácter que, tras su conversión, camino de Damasco, convirtió su vida en un volcán por y para Cristo.

Nosotros celebramos especialmente en esta Parroquia a San Pedro quien nunca promovió el culto a su propia personalidad. No oculta su fragilidad. Eso le da ese estilo real de Apóstolo: un hombre que negó a Jesús, que fue transformado por el perdón. Dios no elige a los perfectos, sino que capacita a los que se reconocen necesitados de misericordia. Es verdad, que nuestro Patrón tiene una fe arriesgada que cruza fronteras. Es la primacía del amor sobre el poder, es el amor que se entrega. Nuestra autoridad, civil, militar, religiosa..., solo tiene sentido si se traduce en servicio a los más vulnerables: los ancianos de nuestra Diócesis, los desfavorecidos y los jóvenes que buscan futuro.

Más de una vez he dicho que: “Nuestros ojos son nuestro interior. Ver el misterio, ver mi pequeñez. Humildes, confesándose pecadores, dejándose perdonar, deseando servir en todo”. “Todo es gracia”, es la gracia del cuidado del hermano: “Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas”. Es el amor que se traduce en ofrenda, el único lenguaje que el mundo de hoy puede comprender. Por eso hoy, alzamos nuestra mirada a Venezuela y pedimos por

los fallecidos, los heridos, los que buscan a sus seres queridos, a los que lo han perdido todo. Seamos servidores, hombres y mujeres solidarios. Recuerdo que se ha abierto una cuenta en Cáritas de ayuda.

Quiero repetir las palabras del sucesor de Pedro, a los cardenales, y que hoy hago mías como sucesor de los apóstoles en esta Iglesia que peregrina en Zamora: “Les pido, por tanto, que me acompañen... en el servicio cotidiano a la comunión de la Iglesia universal. Ayúdenme a escuchar lo que emerge en las Iglesias, a reconocer los signos de esperanza que a menudo crecen en silencio, pero también a no ignorar las fatigas, las incomprensiones y las resistencias que pueden ralentizar el camino. Necesito su libertad, su franqueza y su lealtad. Un consejo sincero es siempre un acto de comunión.

Pidamos por intercesión de San Pedro y de la Virgen del Amor Hermoso, nos conceda la gracia de una fe viva, sincera y comprometida. Que sepamos acoger nuestras diferencias para tejer una auténtica comunión, y que, sintiéndonos pecadores pero profundamente perdonados, seamos en Zamora testigos alegres de esperanza.

Dios os bendiga.